

Marçal Sarrats

ASÍ EN LA TIERRA

Enrique de Castro y la iglesia
de los que no se callan

Prólogo de Luis García Montero

Epílogo de Enrique de Castro



Cuadrilátero
de libros 

ASÍ EN LA TIERRA

Título: *Así en la tierra*

© 2013 Marçal Sarrats Ferrés

© Luis García Montero, por el Prólogo

© Enrique de Castro, por el Epílogo

© Juan Medina, por las imágenes de cubiertas

© 9 Grup Editorial

Lectio Ediciones

c./ Muntaner, 200, ático 8ª

08036 Barcelona

T. 93 363 08 23 / F. 93 363 08 24

www.lectio.es

lectio@lectio.es

Primera edición: abril de 2013

ISBN: 978-84-15088-70-7

DL: T-380-2013

Impreso en Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Marçal Sarrats Ferrés

ASÍ EN LA TIERRA

Enrique de Castro
y la iglesia de los que no se callan

Prólogo de Luis García Montero

Epílogo de Enrique de Castro

Cuadrilátero
de libros 

Índice

La vida solidaria, por Luis García Montero	11
Introducción	19
1. <i>Vichisoise</i> , canapés y lubina al horno	25
2. Taxista y pintor de brocha gorda	51
3. Mario y Jacinto	59
4. El espíritu de San Carlos Borromeo	67
5. La mierda que los mató a todos	79
6. De naufragos e islas	103
7. Comisarías, cárceles y cementerios	119
8. Ahora lo llamamos crisis	143
9. Las injusticias de la ley	151
10. «La Iglesia vaticana es antievangélica»	173
11. ¡Ay! Cuando se trata de un hijo...	193
12. El cura rojo	203
13. Ellos	211
14. Setenta veces siete	227
15. La fiesta	240
16. Hoy y mañana	250
Epílogo, por Enrique de Castro	273

La vida solidaria

De vez en cuando la prensa ha dado noticia de la actividad y las opiniones del sacerdote Enrique de Castro. Se habló de él cuando fue detenido por difundir la homilía que el obispo Alberto Iniesta hizo contra la pena de muerte tras las últimas ejecuciones del franquismo. Se habló de él, y de sus compañeros José Díaz y Javier Baeza, cuando la autoridad eclesiástica intentó cerrar en el 2007 la parroquia de San Carlos Borromeo porque incomodaban sus prácticas litúrgicas y sus actuaciones de carácter social. Si hoy denunciamos de forma constante la distancia que existe entre la política institucional y la realidad de los ciudadanos, la separación entre la liturgia oficial católica y la realidad de la gente es todavía mayor. Cuando alguien intenta unir la lección de los evangelios y la vida cotidiana, con sus precariedades, sus injusticias y sus conflictos, la incomodidad institucional se hace visible. Saltan sus alarmas doctrinarias.

Enrique de Castro ha sido noticia también por sus movilizaciones contra los daños causados por la droga, los silencios políticos y las corrupciones policiales. Y la prensa habló de él cuando en 1992 nos hizo recordar, en medio de las grandes celebraciones y los fastos patrióticos, el desequilibrio de un país lleno de mendigos y marginados. Tal y como

están los tiempos, no vamos a quejarnos de que la prensa recoja de vez en cuando noticias sobre actuaciones contra la injusticia. De ningún modo. Pero tampoco conviene olvidar que la entrega solidaria tiene menos que ver con el acontecimiento público y la noticia que con la vida cotidiana. El pasar de los días, sus urgencias imprevistas, sus repeticiones desesperanzadas, la paciencia y la impaciencia del existir no afluyen a los titulares llamativos de los periódicos o de la radio, sino que fluyen en la rutina silenciosa. Las incertidumbres y las convicciones de la solidaridad se mueven en los cuartos de estar, en el rincón oscuro de la comisaría, en el puesto de trabajo o en el silencio de las almohadas.

Conviene recordar esto porque la vocación de Enrique de Castro tiene poco que ver con la noticia. Su actitud responde de un modo claro a la necesidad de estar con los demás y de compartir el silencio de los otros, la vida cotidiana de los que siente cerca. Y los siente cerca porque los ha buscado o ha hecho saber que él es alguien a quien pueden buscar. Enrique de Castro se busca y por eso está siempre en búsqueda. Su vida es ejemplar, no por lo que tiene de tarea heroica en cuanto persona que se distingue de los demás, sino por lo que enseña en la apuesta de lo común. La necesidad de implicarse, de contagiarse, de compartir, de ser uno más, hace de su vida un ejemplo. Este punto de vista es decisivo a la hora de actuar y de contar. El acierto de Marçal Sarrats Ferrés, con su instinto de escritor y periodista, es haber adoptado desde el principio esta perspectiva.

Las vidas ejemplares servían en la tradición religiosa para fijar pautas de comportamientos y fidelidades inquebrantables en el servicio a los dogmas establecidos. La vida ejemplar que nos cuenta Marçal habla de rebeldía, de la violencia

que supone aprender a decir no ante la autoridad oficial, de la puesta en duda de unos comportamientos basados en el celo de los poderes y en la indiferencia de los que prefieren cerrar los ojos, obedecer y resbalar por las convenciones. Como vivimos épocas de descrédito y como uno de los ejes de la cultura reaccionara es el ejercicio de la sospecha ante cualquier movimiento alternativo, es muy importante reivindicar la capacidad de admiración. Necesitamos reconocer que, además del espectáculo de la hipocresía y el acartonamiento de las palabras y los ritos, hay ejemplos de dignidad y entrega verdadera, personas que logran un objetivo justo y llegan a romper el guión previsto por la fatalidad. La toma de conciencia de lo que debe ser denunciado necesita estar acompañada por otra conciencia: la de aquello que debe admirarse. El libro de Marçal Sarrats nos invita a la admiración. Nos ofrece una vida ejemplar, que no lo es por el empeño en distinguirse, sino por la necesidad de confundirse en un doble sentido. Valor para actuar y romper la parálisis pese al riesgo de equivocación y búsqueda de los otros para mezclarse en ellos. Hablamos, pues, de una capacidad personal que crea redes de solidaridad.

Los lectores creyentes, los católicos dispuestos a indagar en el sentido de su propia fe, tendrán que preguntarse por los motivos profundos que enfrentan una vida como la de Enrique de Castro al poder institucional de la Iglesia. ¿Será que Dios es ateo? ¿Será que el verdadero Dios preocupado por el amor y la vida de la gente es el primero en descreer de ese otro Dios del oro que empuñan los mandatarios más injustos? ¿Será que el Vaticano es antievangélico y que Roma y las catedrales son en verdad las ramerías del mundo?

Los lectores no creyentes aprenderán mucho del signifi-

cado de la solidaridad, algo muy importante en las épocas de crisis económica, política y cultural. Supone una paradoja muy fértil aprender el significado de la solidaridad en el ejemplo vital de un sacerdote. Atrevámonos todos a interpelarnos y a romper nuestros prejuicios. La solidaridad es algo muy diferente a la caridad. En la práctica, la caridad suele resolverse en la limosna que alguien da a un desfavorecido, por el que siente una pena transitoria y callejera, pero que no tiene nada que ver con su vida. Se trata de una piedad que no cuestiona el mundo y que hace que nos sintamos buenos. Un consuelo. Las cosas son así, nadie es responsable de los dolores y los privilegios, y resulta muy humano socorrer al que tiene hambre.

Más que consolar, la solidaridad desconsuela porque nos lleva a padecer con el otro, a compadecer. La solidaridad empieza a forjarse desde un punto de vista ético cuando se asume que los ciudadanos tienen derechos. En vez de limosnas, hay que exigir amparos, leyes, un comportamiento del Estado que reconozca las circunstancias sociales de los ciudadanos y la responsabilidad pública a la hora de resolver conflictos y evitar las injusticias. De los derechos del ciudadano, se da después un paso más hacia el reconocimiento del ser humano, tenga o no carta de ciudadanía. Porque tampoco basta con el dilema entre la caridad y los derechos. Estamos acostumbrados a ver que los amparos públicos se viven con una inercia asistencialista, como una ayuda al necesitado que no compromete nuestras vidas, nuestros comportamientos, nuestras decisiones sobre lo común. La solidaridad de la que nos habla este libro es diferente. Su protagonista se sintió obligado a llevarse los problemas a su casa, hasta el fondo de su realidad cotidiana. Convertir tu hogar en una casa de

acogida es llevarte los problemas al centro de la vida, convertirte tú mismo en parte del problema como única forma de ganarse el derecho a pensar en las soluciones. Enrique de Castro vivió la solidaridad porque decidió contagiarse de los problemas de los otros, convertirlos en su patrimonio personal.

La palabra amor está muy desprestigiada. Parece un recurso sentimental de poetas. La palabra amor no le gusta ni a los cínicos ni a los prepotentes ni a los orgullosos de la razón instrumental que se limitan a aplicar leyes frías y valores abstractos muy lejos de cualquier posibilidad concreta de compasión y de alegría compartida. La historia, sin embargo, ha demostrado que el racionalismo helado acaba con frecuencia en una retórica hueca incapaz de comprender la realidad. El amor nos hace descubrir el número dos, nos vincula a los otros, a lo que tenemos cerca, a los que podemos tocar, sentar en una silla o levantar del suelo. Nos ayuda no solo a ponernos en el lugar del otro —lo que siempre supone el peligro de dejar al otro sin lugar—, sino a construir con el otro un lugar. Si las leyes democráticas pierden su capacidad de amor desembocan en una retórica tan hueca como la de los cardenales y los obispos del mundo que predicán el sermón humilde de la igualdad cristiana en el púlpito enojado de la mentira. Que la igualdad ponga una venda en los ojos de la justicia es uno de los grandes inventos de las élites y los defensores del orden establecido. Hay que vivir para ver.

Una vez comprobado que la ley puede ser injusta y que los encargados en aplicarla se hacen cómplices de la injusticia, la solidaridad vivida por Enrique de Castro alcanza la convicción de que el amor al ser humano está por encima

de la ley. El ser humano está por encima del sábado, había dicho Jesús, con una contundencia repetida por Federico García Lorca en uno de sus primeros escritos. Fue también el dilema central de *Los miserables*, de Víctor Hugo. Es también la reflexión más seria de los que piden la firma de un contrato social, pero no quieren olvidarse de la experiencia singular y las desigualdades. La intervención concreta es tan necesaria como la firma. Ya no se trata de ayudar para ganarse la confianza de alguien, sino de reconocer la vida ajena y el valor particular de cada vida para estar de forma completa con el otro ante las injusticias. Aceptemos el conflicto y decidamos en cada caso. Si es verdad que la identificación con un individuo puede llevar a situaciones complejas y contaminadas, también es cierto que muchas tropelías cometidas en nombre de la razón occidental se han justificado borrando la legitimidad ciudadana e incluso humana de las víctimas. Abstracciones frente a personas. El posicionamiento incondicional con el que sufre puede desatar un error, pero las injusticias verdaderamente irreparables surgen cuando nos colocamos por equivocación del lado de los poderosos. A las víctimas se les puede perdonar setenta veces siente.

Hablamos de geografía, de construir lugares y posiciones. El hecho de llegar a una parroquia, poner los bancos en círculo, romper jerarquías espaciales, dar la palabra a los fieles y escenificar que todo el mundo es igual en una iglesia implica una decisión democrática. Ni Dios está por encima de la democracia. Renuncia a su corona. La historia escrita por Marçal Sarrats Ferrés podía haber caminado hacia la hagiografía de un cura rojo, hijo de un general del Ejército del Aire, un rebelde que necesitó romper con su clase y tuvo, a

consecuencia de su bondad y aliento personal, problemas con la policía y el episcopado. De la defensa de las libertades pasaríamos de modo natural a opiniones poco ortodoxas sobre los milagros, el celibato, los preservativos o el matrimonio homosexual. Pero aquí se trata de algo más. La historia adquiere su sentido verdadero cuando se convierte en una red, en un lugar de confluencia en el que van apareciendo nombres, apellidos, vidas, hijos, hermanos, nietos, desconocidos, iniciativas, convicciones particulares y una voluntad de compañía que está en la base de la necesidad de organización.

Sí, el libro se llena de nombres y apellidos, testimonios enredados y que enredan, porque la solidaridad es una corriente que supone rebeldía, activismo, contagio y luchas comunes. Una persona es una historia común y representa una inevitable dimensión social. Sus problemas también. No se trata de pecadores, viciosos o enfermos, sino de personas. La historia de madres dispuestas a combatir las tramas de droga que invaden la vida de sus hijos, el esfuerzo de pedagogos que luchan contra la marginación juvenil, la pasión de los colectivos que se oponen al racismo y de las asociaciones que acogen a los inmigrantes sin papeles, y la entrega profesional de los abogados que intentan salvar del naufragio a los desahuciados por el sistema confluyen en un único sentimiento de solidaridad. La solidaridad en red es la gran protagonista de este libro. Y al abrir en el argumento del libro la red solidaria se llega mejor que de ninguna otra manera a la personalidad particular de Enrique de Castro.

Marçal Sarrats Ferrés nos ofrece una perspectiva muy oportuna en este tiempo. Buena parte de los sentimientos populares, de los corazones de la gente de abajo, esos senti-

mientos y corazones que han sostenido durante siglos lo mejor de nuestro tejido humano y de nuestros vínculos, están siendo abandonados a la telebasura y a los instintos bajos de una forma muy programada. La operación se parece a aquella estrategia que en los años ochenta condenó a muchos jóvenes de los barrios más rebeldes al imperio de la droga.

Este libro nos interpela porque nos enseña que lo contrario del amor no es el odio, sino el miedo. Hay que actuar. Se crea o no en Dios, y dejando a un lado los milagros, es responsabilidad de cada uno intentar que se multipliquen los panes y los peces.

LUIS GARCÍA MONTERO

Introducción

Del cura Enrique de Castro y la parroquia de San Carlos Borromeo de Entrevías poco sabía yo, no más de lo que había oído o leído en los medios sobre su polémico desencuentro con el cardenal Rouco que casi les costó el cierre en 2007. Recordaba que al Arzobispado de Madrid no le gustaba su liturgia algo transgresora, ni sus opiniones apartadas de la línea oficial y mucho menos que para colmo utilizaran rosquillas en vez de obleas para comulgar. Me acordaba vagamente de la movilización que hubo para evitar el cierre, en la que también participaron actores, políticos y hasta un teólogo de la liberación, y algo me sonaba el trabajo que se hacía allí con los marginados y su lucha vehemente contra las drogas; pero poco más. Demasiadas veces construimos nuestra memoria con recortes de aquí y allá reunidos sin orden y sin matices. Otras, olvidamos demasiado rápidamente o simplemente pasamos de largo. Por eso nada más plantarme allí por primera vez, a principios de 2012, me quedé admirado del vastísimo bosque que se escondía tras el conflicto, y de sus profundas raíces en el barrio, en la gente y en la fe. Para mí fue un descubrimiento.

Descubrí que ese pequeño y algo destartelado templo era —y es— punto de encuentro de un amplio grupo de perso-

nas muy activo, luchadores de causas diversas pero con ideales comunes. Y a pesar de que me había acercado allí pensando que escribiría sobre Enrique de Castro, al que los medios habían apodado el «cura rojo» y al que creía entonces algo así como un líder carismático de los cristianos de base más revolucionarios, me di cuenta de que él sólo es una pieza de un inmenso puzzle que mi lógica tardaría tiempo en ser capaz de comprender en su totalidad. ¡Y creo que todavía estoy en ello! Enrique es una pieza imprescindible y primordial, involuntaria cabeza visible, pero una pieza más al fin y al cabo. Él mismo ya me lo dijo nada más conocernos: mi historia es la historia conjunta de todos los que formamos parte de la pequeña sociedad que se ha ido creando alrededor de San Carlos Borromeo. Una historia de batallas libradas y por librar, y de muchos llantos pero también de muchas fiestas, pero ante todo, conjunta. Ese mismo día le propuse escribir sobre él y su trabajo de tantos años al frente de la controvertida parroquia. Aceptó, repitiéndome por enésima vez que su historia ha sido —y es— la historia del grupo. Desde aquél primer momento decidí convertir esta reflexión en principio y empecé a acercarme a esa realidad tan diversa y tan enraizada, pero tan desconocida para mí. Por eso este libro dejó de ser una historia unipersonal incluso antes de ser. En estas páginas pues, no encontraran ni mucho menos, una biografía de Enrique de Castro sino más bien un extenso reportaje en el que se pueden escuchar las voces de muchos de aquellos que forman parte de la microsociedad creada en torno a la parroquia. Es el resultado de haber compartido muchas charlas y haber observado mucho esa esquina de Madrid por la que demasiados pasamos de largo.

Enrique fue el eje vertebrador de un equipo que empezó a tomar forma a finales de los setenta y que ahora tiene continuidad en el párroco actual, Javier Baeza. Ambos me han dado las llaves de muchas puertas tras las que he encontrado un afecto inmerecido e historias anónimas de una profundidad abrumadora. Yoro, Pedro, Carmen, la Tronca, y tantas más. Vidas difíciles, luchas titánicas y pesadumbres crónicas ahora agravadas más si cabe por la crisis, y que tenemos muy cerca. Historias a las que he tratado de acercarme sin juzgar, comprendiendo, observando, compartiendo y escuchando. He querido escuchar mucho. Y preguntar mucho, sin opiniones prefijadas de ningún tipo aunque sí con el bagaje de lo que he vivido en casa de mis abuelos y mis padres, una fe humilde y activa. Y entre la amargura he encontrado una energía y un positivismo admirable. Y me han hecho sentir pequeño a su lado.

El veterano y admirado cronista Josep Martí Gómez lo repite con frecuencia: «El periodista debe ser, ante todo, un contador de historias humanas». Alguien que patee la calle y no hable de oídas. Por eso, aún en la época de la inmediatez, el hechizo del 2.0, la triste precariedad laboral y los pocos recursos, Martí Gómez reivindica el oficio del reportero, las largas conversaciones, los reportajes de piel y los relatos contruidos por voces anónimas que permitan al lector vivir a través de éstas otras vidas, que le permitan incluso llegar a oler el sudor de los protagonistas. Yo lo suscribo. Martí Gómez es todavía un periodista de raza como pocos, de bloc de notas y dry martinis con sus confidentes, que ya cumplidos los setenta y cinco sigue pateándose la calle y sigue charlando horas y horas, tratando de saciar su curiosidad inagotable, escuchando con paciencia y honestidad. Con la máxima hu-

mildad esto es lo que he intentado hacer a lo largo de todo el tiempo que he estado preparando este reportaje largo en forma de libro. Y es que desde el escalón en el que me sitúa la edad y la prudencia, reivindico el periodismo que cuenta historias «objetivas en cuanto al hecho y subjetivas en cuanto a la mirada», como dice también Martí Gómez.

Quiero creer en éste oficio tan valioso pese al descrédito del mismo y a la obscenidad del propio sistema. Pese a la hegemonía del maniqueísmo en todos los ámbitos que acaba situando a los ciudadanos y a los medios a un lado o a otro de la trinchera, siempre crispados, quiero creer en los matices y en el sosiego. Quiero creer en las ventajas que tiene conocer realidades y contrastar para construir nuestras propias opiniones. Por eso éste libro no pretende beatificar a nadie, sino acercarse a una manera de entender la vida y la fe. No quiere destruir ni confrontar, sino abrir debates. Por eso creo firmemente que es un libro abierto a todo tipo de lectores, sea qual sea su sensibilidad. Busquen lo que busquen. Crean lo que crean y en quién crean. No es un libro que pretenda ofender ni meterse en política, atendiendo al significado más amplio de la palabra. Es sólo una historia de gente corriente que se ha dado a los demás, de vidas hundidas en un gran barrizal de problemas, donde es habitual resbalarse, pero más habitual es volver a ponerse de pie. Y no, no es un libro de parte, y por eso lamento que el Arzobispado de Madrid, actor relevante e implicado en esta historia, no haya querido dar su opinión en estas páginas, declinando la invitación hecha. Hubiera completado el relato, aunque sin embargo no por esta ausencia este libro ha dejado de ser objetivo en cuanto a los hechos. La mirada ya es otra cosa: es la mía.

La de Enrique es una vida de fe profunda en Jesús y en el Evangelio, pero el Evangelio de la calle. Fe en aquél profeta que se dejó contaminar por los impuros, que se acercó a los más pobres, a las prostitutas y a todos los desheredados. Y a su escala y en su tiempo, también lo ha hecho él. Por eso creo que a través de este recorrido por la vida de Enrique y de San Carlos Borromeo se presenta un mensaje religioso de lo más humano y conciliador. Se actualiza el mensaje de un Jesús que para Enrique se acercó a todos de forma incondicional a pesar de los defectos y que reivindicó permanentemente la lucha contra las injusticias poniendo al ser humano por encima de todas las cosas. Una manera de entender la fe alejada de la ortodoxia si bien encuadrada en la misma y diversa Iglesia.

San Carlos no huele a cera quemada ni a humedad. Ahí no doblan amargamente las campanas ni hay recovecos sombríos con imágenes de santos. Es otro concepto de iglesia, adaptada a su propia realidad. La mal llamada «iglesia roja» de Entrevías es mucho más que un lugar en el que alguna vez se han consagrado rosquillas. Lo que ahí se hace trasciende el conflicto de antaño con el Arzobispado y trasciende al propio Enrique de Castro. Es un pequeño gran rincón de Madrid desde el que se trata de cambiar el mundo sin pretensiones, luchando localmente en batallas concretas, y más en esta época de indignación. Es un espacio abierto a todos en el que se vive la solidaridad en su acepción más amplia y en el que se respira pasión y amor en mayúsculas.

Confieso que conocer esta realidad me ha removido. Confieso que me ha hecho tambalear, obligándome a reformular algunas de mis opiniones. Como confieso también

que cuestiono algunas formas de ver las cosas. Pero por encima de todo creo honestamente que es incuestionable el trabajo titánico y desinteresado de esta gente, luchando contra todas las situaciones que consideran injustas. Dándose hasta dónde llegan sus fuerzas.

Poner cara y hasta oler el sudor no te deja indiferente. Y ante esto me reafirmo: objetividad en cuanto al hecho. La mirada ya es otra cosa: es la mía.

Sensatez y respeto, siempre.

«En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante, merced a mi artesanía y a través de la anécdota de mis relatos vividos o imaginados, mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.»

Manuel Chaves Nogales. Periodista. 1937

1

Vichisoise, canapés y lubina al horno

Si se calla el cantor calla la vida, porque la vida, la vida misma es todo un canto. Si se calla el cantor, muere de espanto la esperanza, la luz y la alegría. [...] Qué ha de ser de la vida si el que canta no levanta su voz en las tribunas por el que sufre, por el que no hay ninguna razón que lo condene a andar sin manta. [...] Qué no calle el cantor porque el silencio cobarde apaña la maldad que oprime. No saben los cantores de agachadas. No callarán jamás de frente al crimen. [...] Si se calla el cantor, calla la vida.

«Si se calla el cantor»,

MERCEDES SOSA - HORACIO GUARANY

Empezaba a caer la noche en Entrevías y en el Pozo del Tío Raimundo, en Vallecas, dos barrios hermanos encajonados entre autopistas de circunvalación y multitud de líneas férreas de la periferia de Madrid. Barrios humildes pero sin complejos; de gente en la calle a todas horas, de injusticias, detenciones y escándalos, de jornadas de trabajo inacabables, demasiado desempleo, manos castigadas y grafitis. Barrios que acogieron a miles de trabajadores llegados del campo tras la guerra para buscarse la vida; donde vivieron unos pri-

meros años en condiciones míseras, pero también desde donde, con el tiempo, consiguieron hacerse un hueco en una ciudad arrolladora. Será por eso que son barrios de luchadores y de los pocos que quedan en Madrid en los que la gente se sabe los nombres de sus vecinos. Entrevías y el Pozo del Tío Raimundo fueron —y me atrevería a decir que todavía son— el escenario de una historia de recelos, envidias y poder; protagonistas involuntarios de un conflicto que se remonta a principios de los ochenta y que se medio cerró esa noche de noviembre del 2007 que empezaba a caer.

Esa noche, en una de las casas bajas del Pozo, tres sacerdotes acababan de ultimar los preparativos de una cena que se anunciaba larga, seguramente tensa, pero necesaria. El cardenal arzobispo de la ciudad, Antonio María Rouco Varela, se había empeñado en que su encuentro con Pepe Díaz, Javier Baeza y Enrique de Castro, los tres curas de la parroquia de San Carlos Borromeo de Entrevías, se produjese lejos de las cámaras, los micrófonos y las miradas curiosas, cuentan. Y así fue. Rouco necesitaba urgentemente zanjar una polémica que estaba persiguiéndolo desde hacía meses y que lo había enfrentado, dentro y fuera de España, a tres párrocos rasos de una de las zonas más deprimidas de Madrid, convertidos a su pesar en estandarte de una nueva Iglesia más abierta dentro de la propia Iglesia. Para Rouco la conocida como «iglesia roja» de Vallecas era incómoda. Al Arzobispado no le gustaba su manera de transmitir y vivir la fe, alejada de los ritos y los cultos aunque cercana a la calle. Pero el conflicto no podía continuar. Aunque Rouco no era el único que quería que todo terminara cuanto antes. También Pepe, Javi y Enrique deseaban dejar la disputa atrás para seguir trabajando con los suyos sin tener que reivindicar permanen-

temente su fe; sin tener que dar más explicaciones. Aspiraban a que los medios de todos los colores se olvidaran de ellos para recuperar así la normalidad de sus misas participativas, su trabajo con chavales drogadictos, con presos e inmigrantes; en definitiva, con los marginados. Aspiraban a dejar atrás un enfrentamiento que jamás desearon ni buscaron, quizás sin caer en la cuenta de que los focos ya se habían dirigido a San Carlos y, acabase como acabase todo, aquel germen de cambio se había convertido, acaso sin querer, en ejemplo para muchos creyentes y no creyentes. «La Iglesia está anclada en el pasado, pero mira los de San Carlos». «¿Qué pensarán del celibato los de la parroquia roja?». «Seguro que a los de esa parroquia de Vallecas que a Rouco le caen tan mal, no les gusta nada lo que dice la Iglesia del matrimonio homosexual». Son frases no textuales pero que reflejan la idea que corría con fuerza en Madrid y en muchas otras partes de España en aquellos tiempos —y que corren todavía ahora—. San Carlos se convirtió para muchos en un «pero» dentro de una institución cada vez más cuestionada. «La Iglesia tal cosa, pero ahí está el trabajo de San Carlos».

Ese era el escenario con el que Rouco llegaba a cenar y de allí tenía que salir una solución. El Arzobispado había planteado meses atrás el cierre de la parroquia para convertirla en un centro de Cáritas; pero también podían dispersarlos y buscar un párroco nuevo para el lugar o buscar una estructura híbrida que les permitiera seguir allí aunque apartándolos de la liturgia; incluso dejarlo todo igual, si bien lo que ya no podían evitar era que la gente hubiera tomado partido: o estás con Rouco o estás con los de San Carlos Borromeo. Una dicotomía seguramente injusta pues no dejaba espacio para los matices.